



FIDELIDAD A LA TIERRA

(El ciudadano iniestense)

Por María Peñarrubia Pérez

De la Asociación de Escritores de Castilla La Mancha

Nacer en un determinado lugar condiciona de forma especial toda nuestra existencia. La historia del pueblo, villa o ciudad, marcará, al igual que las costumbres, nuestros lutos existenciales, lo mismo que la familia o las amistades.

Querer desprenderse del sitio de origen es como querer quitar una parte de nuestra piel, necesaria para el tacto o la respiración. Porque así es el lazo que ata e impregna nuestra pertenencia a la tierra, a ese lugar donde percibe nuestra retina las primeras imágenes. Por eso titulé mi segundo libro de poemas *Calendario de retina*, editado por los años ochenta. Imágenes cargadas de recuerdos, de huellas, de mensajes grabados en la memoria, como el cincel en la blanda madera. Los ocho primeros años de nuestra vida marcarán la personalidad de forma definitiva, aunque, a decir de psicólogos, el primer año sea el soporte sobre el que se asienta nuestra estructura psicológica. Somos ciudadanos permanentes del lugar que vimos al percibir la primera luz. De los demás somos meros viajeros. Estos otros lugares prestan los adornos, nos los recubren de nieve o magma, de pasión, de dolor o de nostalgia, y con el paso de los años los magnificamos y los dotamos de ternura, porque el pasado contiene la propiedad intrínseca de que no es modificable.

La escuela de "la Tirsa" evoca, en mis infantiles años, un parvulario y el final de una larga fila, memorizando con fuerza la frase de la oración repetida. Parvulitos de "la conga" para repetir los números, retahilas y canciones.

El carnaval del cincuenta y tantos supuso un encuentro mágico con el color, la música y la algarabía. Fueron años donde las comparsas cuidaron con esmero sus disfraces. Acordeones y guitarras, y el blanco y negro tablero, damero, y la banda musical que desfila jarandera. Foto familiar de mi abuelo con sus hijos, guitarra, violín, clarinete y un violonchelo que descansaba en la cámara. Un acordeón de botones e incrustaciones nacaradas y un piano que sonaba de tarde en tarde.

Retorno a mis pasos bajo la lluvia, transgrediendo el tiempo, vacaciones navideñas. La calle Vicario me arropa como dos blancas mantas mullidas, y me lleva a la de Doña Ana, la de la santa iniestense, evocación

Portalones, rodeando con mis manos las columnas de piedra de la que fue palacio-castillo de D. Enrique de Villena, traído a la memoria por Ricardo de Val, al que conocí en su casa de Valencia. Iniestense transeúnte que no olvidaba su primer amor nacido al abrigo de las callejuelas estrechas y empinadas, reflejo de un pasado glorioso de civilizaciones superpuestas. También a él le marcó su paso por la Villa y su historia.

¿Tienen los pueblos alma colectiva?, es decir, ¿la suma de individualidades se dispersa por esa conciencia tribal? ¿por esa pertenencia al lugar? Y así surgen los tópicos, que cumplen con su parte de verdad inapelable. ¿Son los catalanes emprendedores y tacaños? ¿Los aragoneses nobles y parcialmente brutos? ¿Tiene cada pueblo, a pesar de la distancia más o menos extensa, una forma genérica de comportamiento, de carácter impreso en las gentes a través del tiempo?

Personalmente creo en esa particularidad mediática y mediatizada que aparece en determinadas situaciones y acontecimientos. Ya en la relación topográfica de la Villa de Iniesta, mandada hacer por Felipe II, y reflejada en la *Historia de la Villa de Iniesta*, de Herminio Peñarrubia Armero, tío mío por parte de padre, aparece el reflejo de esta consideración y así se dice del iniestense, que es hombre bueno, pechero, sinónimo hermoso de esta bella lengua cual es la española.

No obstante, como ya apunté en algún artículo, hay pueblos que defienden lo propio por encima de lo foráneo. Esto no quiere decir que se pongan barreras al talento o buen hacer de personas venidas de otros lares.

Por eso sería penoso constatar la valorización de lo ajeno por encima del paisanaje, porque sería indicativo de envidia, como le sucedió a aquel genio que fue D. Enrique de Villena, víctima de incomprensiones y carencia de apoyo a sus proyectos y creaciones.

El paisano iniestense, salvo excepciones, adolece de este pecado capital, por su cariz de trabajador que siempre le ha caracterizado. De ahí que haya conformado, a lo largo de los siglos, una historia con hombres ilustres y anónimos que nos dejaron un patrimonio cultural que es ejemplo y referencia histórica para muchos pueblos y ciudades.